

 HARLEQUIN™

Julia™

JULIANNA MORRIS
Buscando el amor



JULIANNA MORRIS

Buscando el amor



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2000 Martha Ann Ford
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Buscando el amor, n.º 1175- junio 2021
Título original: Hannah Gets a Husband
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-582-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

DONG, dong, dong.

La campana de la pequeña torre de la iglesia resonó tres veces, anunciando el final de la boda.

Hannah Liggett apoyó los codos sobre la caja registradora y suspiró. Ya era oficial: se acababa de convertir en la única mujer soltera de Quicksilver, Alaska.

Soltera, de solterona.

Alice Diez Peniques se había casado con Joe Dobkins, ambos nonagenarios. Hannah no sabía a qué se debía el sobrenombre de Alice, pero sospechaba que estaría relacionado con el prostíbulo en el que Diez Peniques había trabajado años atrás.

—Me pregunto si la novia se habrá puesto de blanco —murmuró Hannah sin mucho entusiasmo. No era envidia, pero no podía evitar preguntarse si alguna vez se enamoraría y se casaría ella. Ciertamente siempre había estado demasiado ocupada cuidando de sus hermanos como para buscar un marido, pero no por eso había dejado de pensar al respecto.

—No estés triste —le dijo Toby Myers, uno de los clientes más ancianos y fieles del restaurante—. Yo me casaré contigo.

Hannah alzó la cabeza y se acercó a su mesa con la cafetera. Toby sonrió mientras ella le llenaba la taza. El médico le había prohibido tomar cafeína, de modo que

Hannah le estaba sirviendo descafeinado y, hasta el momento, el anciano no se había dado cuenta.

La campana de la puerta sonó y Hannah se giró, sorprendida. No esperaba la llegada de los invitados tan pronto. Teniendo en cuenta que la novia y el novio tenían noventa y dos y noventa y cinco años respectivamente, lo lógico era que se movieran con lentitud.

—Hola, Hannah. ¿Te acuerdas de mí? —le preguntó un hombre mientras cambiaba de brazo al niño que sostenía.

Hannah dio un paso al frente para que el sol del crepúsculo no la cegase. Se quedó asombrada.

Era Ross McCoy, pero no el adolescente larguirucho que se había marchado de Quicksilver hacía casi diecisiete años. El nuevo Ross medía un metro ochenta y ocho, tenía unos hombros anchos y un cuerpo potente y refinado que rebosaba atractivo. Le habían salido unas pequeñas arrugas junto a sus azules ojos y un par de canas en su negro cabello.

Desconcertada por la intensa y femenina reacción de su cuerpo, Hannah miró al niño que llevaba en brazos. Tenían el mismo color de pelo y de ojos, la misma barbilla y el mismo modo de mirar, directo, sin rodeos. Se parecían tanto que no cabía duda de que eran padre e hijo.

—¿Tanto he cambiado? —murmuró él.

—¿Ross? —susurró Hannah.

—Sí —Ross esbozó una cálida sonrisa—. ¿Qué tal, cielito? ¿Dónde está ese abrazo que solías darme siempre?

El apelativo cariñoso y la sonrisa de Ross hicieron que se le saltaran las lágrimas. Este dejó a su hijo sobre una silla, cubrió la distancia que los separaba y secó una de las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Hannah.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él—. No llores.

—No es nada. Es que me alegro de verte.

—Y yo de verte a ti, cielito.

Le dio un abrazo cariñoso y Hannah suspiró. Puede que algunas cosas hubieran cambiado, pero al menos seguía

siendo un cielito para Ross.

Era típico de él aparecer cuando estaba un poco confundida por aquella boda. A pesar de haberse pasado la vida luchando por sacar adelante a sus seis hermanos pequeños, seguía soñando con ser madre algún día. Claro que para eso necesitaba un marido, y los hombres no parecían encontrarla especialmente deseable.

Resultaba deprimente. Por lo general, Hannah procuraba no pensar al respecto, pero el follón que se había organizado con la boda de Diez Peniques había sido un recordatorio constante en los últimos tiempos.

—Me salgo a dar una vuelta —dijo Toby.

—¿No te quedas a la fiesta? —le preguntó ella—. El banquete va a ser estupendo.

—No... tengo que irme. Tengo que organizar la cacerolada de Joe y Diez Peniques —explicó Toby. Luego salió del restaurante, dejando tras de sí un silencio abrumador.

—¿Cacerolada? —Ross enarcó las cejas.

Hannah encogió los hombros. No solía importarle su apariencia, pero ese día le habría gustado llevar algo distinto a la camisa y los vaqueros habituales.

—Supongo que no lo recuerdas —murmuró ella—. Es una vieja costumbre. Los hombres dan una «serenata» a los novios en su noche de boda para distraerlos e impedir que... se pongan amorosos.

—Lo recuerdo, pero Joe y Diez Peniques son bastante mayores para esas cosas.

—Ahí está la gracia. Además, sé que a Diez Peniques le hará mucha ilusión —comentó Hannah.

—Vaya, no la tenía por una romántica.

«Todas las mujeres son románticas, idiota», pensó Hannah, algo irritada. Aunque la culpa no era de Ross. Toda Quicksilver le había gastado bromas porque iba a convertirse en la única soltera de la ciudad, dando por

sentado que era una mujer demasiado práctica y sensata como para ofenderse por aquellos comentarios chistosos.

Hannah fue a limpiar la mesa de Toby antes de que llegaran los invitados; más que nada, por tener algo con que ocuparse. Quería preguntarle a Ross sobre el niño con el que se había presentado, pero imaginaba que ya se lo explicaría él a su debido momento.

Justo entonces, el pequeño se levantó de la silla y corrió a abrazarse a la pierna de Ross.

—Aúpa, papi.

—Está bien, Jamie.

Ross se agachó para levantar a su hijo en brazos. Había luchado tanto por conseguir su custodia que a veces le daba miedo soltarlo.

Jamie se metió un pulgar en la boca y miró a Hannah. Tampoco Ross apartaba la vista de ella. Había cambiado... mucho. La jovencilla rubia que había dejado con quince años se había convertido en una mujer de expresivos ojos verdes y curvas peligrosas.

Ross sintió un fogonazo en las ingles. Tenía que tranquilizarse. No había regresado a Quicksilver a echar una cana al aire. Había regresado porque Hannah era una buena amiga y necesitaba su ayuda. A decir verdad, era la única mujer en la que confiaba.

Ross sonrió al recordar el modo en que se habían hecho amigos, los días en los que se habían metido los dos juntos de pequeños, las horas que se habían pasado escribiendo cientos y cientos de veces *no volveré a hacer muñecos de nieve en la silla del profesor*.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella.

—De nuestro hombre de nieve. ¿Cuántas veces nos castigaron a escribir aquella frasecita?

—Mil veces cada uno. Todavía tengo agujetas en las manos, y todo por culpa tuya—dijo Hannah, sonriente.

—No es verdad: fuiste tú la que sugirió que tiñéramos de verde la nieve, y eso fue lo que más desagradó a la señorita

Haggerty.

—De acuerdo —Hannah rio y las mejillas se le sonrosaron. A Ross le pareció encantador: debía de ser la única mujer del planeta que aún se ruborizaba.

Después de un matrimonio desastroso, se había jurado no dejarse atrapar de nuevo; pero Jamie lo había cambiado todo. Necesitaba una esposa para reforzar su situación legal en caso de que su ex mujer tratara de recuperar la custodia del niño, y este necesitaba una madre. Hannah era la solución a ambos problemas.

Lo había pensado con detenimiento. A Hannah se le daban de maravilla los niños. Y era una mujer fuerte y leal: con solo catorce años, se había ocupado de su familia después de que su madre falleciera durante un parto. Sabía que Hannah aceptaría si conseguía hacerla comprender lo importante que era. Ellos siempre se habían ayudado.

—Hola —Hannah se acercó al niño—. Yo me llamo Hannah. ¿Y tú?

—Jamie. Tengo cuatro años —el niño levantó cinco dedos.

Hannah le bajó el pulgar y luego fue tocándole los dedos restantes:

—Cuatro son estos: uno, dos, tres, cuatro. ¿Lo ves?

El niño se miró la mano un segundo con solemnidad. De hecho, parecía demasiado solemne y serio para ser tan pequeño. Y todo por culpa de su frívola madre. Jamie se merecía a Hannah y Ross lucharía por conseguirla.

—Vale —convino Jamie—. ¿Me das helado?

—Por favor —le indicó Ross al niño.

—Por favor —repitió Jamie—. Papá también quiere —añadió.

—Ahora mismo —dijo Hannah—. Sé que a tu padre le gusta el de fresa; ¿cuál es tu favorito?

—Vainilla —Jamie se echó hacia adelante y estiró los brazos. Con la naturalidad y confianza de los muchos años de práctica, Hannah se lo colocó sobre el regazo.

—Tengo que hablar contigo, Hannah —le anunció Ross mientras la seguía a una mesa esquinada—. Es importante.

Por alguna razón, el corazón le dio un vuelco. Entre ellos no había habido secretos de pequeños. ¿Por qué iba a afectarla, entonces, que Ross se hubiese convertido en un hombre tan atractivo?

Además, no podía olvidar que Jamie tendría una madre y, por tanto, era probable que Ross estuviese casado. Sería una estupidez pensar que un viejo amigo se sentía atraído hacia ella.

—¿Hannah?

—Eh... sí, sí. Pero os traigo el helado antes. ¿Te parece bien, Jamie? Una tarrina enorme.

—De vainilla —los ojos del niño se iluminaron.

—Y de fresa para tu papá. En seguida volvemos, Ross.

Ross se sentó y miró a Hannah desaparecer por la cocina del restaurante con su hijo.

—He oído que Deke está trabajando en un bote pesquero —dijo él, elevando la voz—. Es el más joven, ¿verdad?

—Sí —contestó ella—. Empezó hace un par de meses, para ahorrar para la universidad. Deke es como tú. Está deseando salir de aquí.

Sí, era verdad que había estado ansioso por marcharse de esa pequeña y polvorienta ciudad, olvidada del mundo moderno, donde la gente se divertía cazando, pescando y viendo crecer moho en los árboles.

Por otra parte, a Hannah no parecía importarle vivir en Quicksilver. Lo había escuchado pacientemente años atrás cuando él le había comunicado su intención de huir; pero, para ella, su familia era lo más importante. Y debía reconocer que si él hubiese formado parte de su familia, igual compartiría tal convicción. No eran perfectos, pero eran personas agradables.

—Aquí estamos —dijo Hannah segundos después. Sujetaba a Jamie con un brazo y llevaba una bandeja con la otra mano.

—Gracias —Ross se puso al niño sobre su regazo y le colocó una servilleta bajo la barbilla. Aún no terminaba de sentirse cómodo. Jamie solo llevaba con él unas semanas y todavía se estaban adaptando el uno al otro.

Justo entonces, el bullicio de los invitados quebró la quietud del restaurante.

—Empieza el banquete —dijo Hannah, sonriente.

—Cuando tu padre me dijo que Diez Peniques se casaba, no podía creérmelo.

—¿Cuándo has hablado con él? —preguntó Hannah, extrañada.

—Hace unos días.

Hannah se puso tensa. No le gustaba que Ross hubiese hablado con su padre. Además, si quería hablar con ella, ¿por qué no la había llamado directamente?

—¡Por fin soy «señora de»! —exclamó Diez Peniques tras entrar en el restaurante. El resto iba vestido con ropa corriente, pero Diez Peniques se había puesto una boa morada alrededor del cuello y un modelo muy elegante de quién sabía qué año.

—Enhorabuena, «señora» Dobkins —la felicitó Hannah, al tiempo que le daba un abrazo—. Estás guapísima —añadió con sinceridad. Puede que tuviera algunas arrugas y cierta fama casquivana del pasado, pero nada de eso importaba aquel día.

—¡Qué bonito has puesto el restaurante! —dijo Diez Peniques—. Con tantas flores y lazos y todo. Gracias, cariño.

—Lo he hecho encantada —aseguró Hannah—. Y ahora siéntate y disfruta.

No era un local muy grande, de manera que, con más de la mitad de la ciudad dentro, el ruido era elevadísimo. Entre los asistentes a la fiesta estaba el padre de Hannah, la cual, en cuanto tuvo la oportunidad, se lo llevó a un lado para hablar con él.